

Dos visiones enfrentadas: los beneméritos americanos frente a los propósitos políticos de la Corona en tiempos de Carlos V

José de la Puente Brunke

Pontificia Universidad Católica del Perú

La mentalidad de los conquistadores

Mucho se ha escrito en torno a la mentalidad de los conquistadores de América. Se ha dicho de ellos, entre otras cosas, que fueron personajes situados entre dos mundos, compartiendo características propias tanto del medioevo como de la modernidad. Y estrictamente en el ámbito político, los conquistadores tuvieron muy presente la situación de la Península Ibérica de los tiempos de la Reconquista, al punto de que no dudaron en comparar la colonización de América con la cruzada contra los musulmanes en España. En definitiva, la conquista del Nuevo Mundo significaba la difusión del cristianismo hacia esos inmensos territorios, y además la prolongación de los dominios del rey de Castilla sobre extensiones insospechadas. Tal como afirma Francisco de Solano:

El conquistador desarrolla en Indias el mismo ideario religioso de la lucha medieval. Los enfrentamientos de la Reconquista entre los ejércitos de la cruz frente a los de la media luna se continúan en otra guerra de religión, entre cristianos y paganos, pero el conquistador se transforma, entonces, en el gestor de la expansión cristiana. (...) La Conquista es, así pues, también cruzada, y cruzado el conquistador: porque la cruz es símbolo que acompaña su gesta, se afirma en las tomas de posesión y deja constancia patente en las fundaciones (...) ¹

Así, teniendo presente el panorama de la Europa bajomedieval, no es extraño que los conquistadores quisieran convertirse en los señores de América. Es más: consideraban que esos señoríos surgían como lógica consecuencia de sus hazañas, y como un reco-

¹ SOLANO, F. de, «El conquistador hispano: señas de identidad», en SOLANO, F. de, y otros, *Proceso histórico al conquistador*, Madrid, 1988, p. 31

nocimiento de la monarquía por los servicios realizados en beneficio de ella. José Durand es muy explícito en este sentido:

Nada tan codiciable para un español de aquella época como la honra y la nobleza. Los hechos señalados daban hidalguía de sangre, y de las proezas de la Reconquista nacieron los apellidos ilustres y se fundaron las casas más linajudas. La guerra se presenta así como ocasión natural e inmejorable para adquirir nueva nobleza o aumentar la que ya se tiene. Por eso, al lanzarse los hidalgos segundones y el pueblo español a la conquista de América, el afán de honra corre parejo con el afán de oro, y aun lo excede ².

Pero esta mentalidad señorial de los conquistadores chocó muy pronto con las ideas que empezaban a predominar en la Corte castellana, en la cual estaban adquiriendo cada vez más fuerza —desde los tiempos de los Reyes Católicos— los criterios políticos modernos. Éstos propugnaban el progresivo afianzamiento del poder del monarca como una autoridad con un mando efectivo sobre un territorio extenso. Es decir, se buscaba que el rey dejara de ser un *primus inter pares* para pasar a convertirse en el detentador del poder político por encima de lo que había sido hasta entonces la autoridad señorial. Es éste el esquema del Estado moderno, el cual precisamente empieza a surgir, lentamente, a partir de las décadas finales del siglo xv. Diversos autores han puntualizado algunas características que podrían considerarse propias del Estado moderno, como la ya citada centralización del poder político sobre una entidad territorial de dimensiones extensas; la existencia de un aparato burocrático encargado de hacer efectivas las disposiciones gubernativas; o la presencia de un ejército permanente ³.

Así, cuando en las décadas de 1520 y de 1530 Hernán Cortés y Francisco Pizarro desarrollaban, respectivamente, las conquistas de México y del Perú, la Corona era muy consciente de la necesidad de centralizar el poder en Castilla. Por ello puede decirse que las ilusiones señoriales de los conquistadores americanos resultaban ya por entonces anacrónicas, dado que las ideas de quienes defendían la centralización del poder del monarca ganaban terreno en los círculos intelectuales europeos.

Por otro lado, sin embargo, las autoridades metropolitanas eran también conscientes de que para garantizar el poblamiento español de América era preciso reconocer los méritos de los conquistadores. En realidad, la figura de la encomienda de indios cumplió esa función: satisfizo en parte los afanes señoriales de los conquistadores, quienes pudieron ya considerarse «señores de indios». Si bien la encomienda no significaba propiedad territorial, convirtió a sus beneficiarios en una suerte de señores de vasallos, ya que se hicieron acreedores de la cobranza del tributo debido al rey por los indígenas americanos en su condición de vasallos libres de la Corona. Así, la encomienda no fue otra cosa que una cesión de tributos: en virtud de los servicios realizados por los con-

² DURAND, J., *La transformación social del conquistador*, 2.ª ed., Lima, 1958, pp. 72-73.

³ ROMANO, R., y TENENTI, A., *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma*, México, 1981, p. 269.

quistadores, el monarca les cedía su derecho de cobranza del tributo indígena. Es cierto, por otro lado, que la concepción de la encomienda como cesión de tributos quedó configurada una vez que se establecieron las primeras tasaciones de tributos: es decir, pasados los años iniciales de las conquistas de los diversos territorios americanos. Pero la encomienda existió desde los primeros tiempos, en los cuales el beneficio que los encomenderos obtenían no estuvo sujeto a ninguna limitación: en esas épocas iniciales, «la tasa y medida era la voluntad del encomendero»⁴.

El afán de ser encomenderos, por tanto, constituye un elemento revelador de esa mentalidad señorial que hundía sus raíces en los tiempos medievales. Sin embargo, y paralelamente, los conquistadores de América participaron del individualismo propio de los tiempos del humanismo renacentista. Es pertinente recordar lo afirmado por José Antonio Maravall, contraponiendo la política medieval con la humanista:

En la política medieval el hombre es, contra tantas falsificaciones que se han dado de la Edad Media, un ente abstracto, sumergido en su estamento, en el que apenas se acusa su personalidad (...). La política humanista, ya con Fernando el Católico y no menos con Carlos V, es una empresa para hombres reales, con sus ideas, sus sentimientos, sus aspiraciones, sus intereses, sus pasiones, todos ellos concretos y singulares (...) ⁵.

El propio Maravall alude a los «prodigiosos hechos personales» de la colonización de América como ejemplo de las experiencias de hombres concretos: «en todos estos hechos y en tantos otros alienta una misma fuerza individual». Igualmente, citando a Menéndez Pidal, afirma que éste veía en los conquistadores de América «las grandes figuras del Renacimiento»⁶.

En este sentido, de la lectura de muchas crónicas resultan evidentes sus propósitos de exaltar la figura de uno u otro conquistador. Por otro lado, sin embargo, los elogios que se expresaron con respecto a determinadas expediciones de conquista no fueron tan claros con referencia a otras. Un caso interesante es el de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien elogió, en principio, la conquista de América, pero lamentó el que en esos episodios históricos la crueldad y el horror hubieran tenido tan notoria presencia. En su *Historia general y natural de las Indias*, sin embargo, hace distinguos entre las diversas expediciones descubridoras y conquistadoras. Así, David Brading nos recuerda que «lo que más escandalizó a Oviedo fueron los informes llegados de Perú». Había conocido a Pizarro y a Almagro, tiempo atrás, en el Darién, y tenía una muy negativa impresión sobre la capacidad de esos dos personajes para gobernar los territorios de lo que había sido un gran imperio. Sin embargo, fue la rebelión de Gonzalo Pizarro —de la cual trataremos más adelante— el episodio que a dicho cronista le pareció más condenable⁷.

⁴ La obra más completa sobre la institución de la encomienda de indios en América es, sin duda, la de ZAVALA, S., *La encomienda indiana* 3.ª ed. revisada, México, 1992.

⁵ MARAVALL, J. A., *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid, 1960, p. 30.

⁶ MARAVALL, *op. cit.*, pp. 39-40.

⁷ BRADING, D. A., *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, 1991, pp. 52-60.

El propio Brading, contrastando los diversos testimonios de época sobre las expediciones de conquista en América, concluye que la impresión generada por las jornadas dirigidas por Cortés en México fue mucho menos negativa que la suscitada por las conquistas de Pizarro y los suyos: «la heroica calidad de Cortés contrastaba con el carácter criminal de los Pizarro y los Almagro»⁸. Si bien el mismo Brading matiza que esas impresiones contrapuestas estuvieron influidas por las cartas del propio Cortés, lo cierto es que los conquistadores del Perú pasaron a la posteridad de modo menos afortunado. Por eso, al referirnos en las páginas siguientes a los intereses contrapuestos entre los conquistadores de América y la Corona, hemos optado por tener como punto de referencia el caso peruano.

La Corona y sus propósitos políticos: el Estado moderno

Tal como hemos adelantado líneas arriba, en tiempos de Carlos V era ya muy clara la conciencia, en el monarca y en las autoridades que lo rodeaban, de la necesidad de afirmar los criterios de centralización política en los dominios del rey. Se quería dejar atrás los tiempos en los que el poder efectivo estaba en manos de los señores territoriales, en un contexto en el cual se iba percibiendo que se vivía una nueva época. Así, podríamos decir, con Maravall, que el español del Renacimiento se preocupó por construir «un Estado nuevo, un mundo nuevo y un hombre nuevo». La tarea se presentaba muy compleja, ya que se trataba de «estructurar un nuevo orden político universal no sólo para articular la pluralidad de Estados, sino para dar entrada a un continente nuevo»⁹. En el caso de Carlos V, Maravall pone de relieve que dicho monarca pretendió hacer efectiva «una universal idea imperial». Dicho propósito causó inquietud tanto en la Península Ibérica como en Alemania y en los otros dominios del Emperador, e igualmente en el Nuevo Mundo, aunque con características peculiares que más adelante pasaremos a analizar. En el caso alemán, el propio Maravall es claro al afirmar que Carlos V quiso «resolver el problema constitucional de Alemania dando a su jurisdicción imperial sobre los príncipes alemanes un carácter de soberanía efectiva: que en Alemania haya un solo soberano y no muchos señores, tal es su pretensión»¹⁰. Ese afán de Carlos V por alcanzar una soberanía efectiva sobre sus diversos dominios es también puesto de relieve por Anthony Pagden, al afirmar que no fue casualidad la incorporación, por parte del monarca, de las Columnas de Hércules junto a las armas de los Habsburgo con el *plus ultra*; su propósito era el de convertir su mandato en la realización del «supremo poder sin límites», el cual como idea ya había aparecido en tratadistas de los tiempos bajomedievales con referencia al Imperio Cristiano¹¹.

⁸ BRADING, *op. cit.*, p. 46.

⁹ MARAVALL, *op. cit.*, p. 51.

¹⁰ MARAVALL, *op. cit.*, p. 111.

¹¹ PAGDEN, A., *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, 1997.

Pero no cabe duda de que eran ideas políticas modernas las que impulsaba Carlos V. Las impulsaba, sin embargo, en unos años en los que todavía era muy notoria la presencia de elementos propios del mundo y de la mentalidad medievales. Esto fue puesto de relieve, por ejemplo, por Ramón Carande, quien —en unas frases citadas a su vez por Maravall— destacó cómo las guerras en las que participó Carlos V, que parecían servir ideas tradicionales, constituyeron un factor decisivo en el desarrollo de la economía moderna; prueba de ello es —entre otras cosas— el gran desarrollo de los créditos en ese contexto histórico, y el impulso que recibieron las formas nuevas de la economía dineraria ¹².

Pasando ya a tratar la cuestión americana, la principal peculiaridad que el Nuevo Mundo presentaba frente a los aludidos propósitos políticos de la Corona era la reciente presencia de los castellanos en esas tierras. Por tanto, los problemas que Carlos V afrontó fueron muy distintos de los que se le presentaron en la Península Ibérica o en sus otros dominios europeos. La ya aludida mentalidad de los conquistadores, que los llevó a pretender convertirse en señores de las Indias, no tardó en chocar —con variados grados de gravedad, según los casos— con los intereses monárquicos. Si en Europa el desarrollo del Estado moderno pasaba por el logro de la disminución del poder señorial, en el Nuevo Mundo requería que no prosperaran las ilusiones señoriales de los conquistadores. En realidad, la Corona afrontó un dilema: el señorío de los conquistadores se presentaba como un impedimento para la efectividad de la autoridad monárquica; por otro lado, sin embargo, al carecerse todavía en esos tiempos de una burocracia adecuadamente conformada, que pudiera velar por los intereses del rey en América, a la Corona le fue inevitable el ceder en algunos aspectos en favor de las mencionadas aspiraciones señoriales de los conquistadores. En otras palabras, el monarca requería de la presencia permanente de los conquistadores y primeros pobladores en América, para después —y a partir de esa base— implantar un efectivo dominio apoyado en los burócratas.

En ese contexto, el dominico Bartolomé de Las Casas se nos presenta como un personaje especialmente importante en el apoyo de la idea del dominio del rey en el Nuevo Mundo. Particularmente con su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542), contrapuso a los indígenas americanos —a quienes consideraba avasallados y esquilados por los españoles— con los conquistadores, cuyas riquezas se habían originado en robos y asesinatos. Las crueldades e injusticias cometidas por los conquistadores eran argumento suficiente para despojar de sus mercedes a muchos de los encomenderos ¹³. Sin duda Bartolomé de Las Casas fue una figura decisiva —junto con otros personajes contemporáneos— para que se fuera suscitando en la Península Ibérica una creciente conciencia de rechazo a la figura del conquistador de América. En este sentido, David Brading afirma que en la década de 1540 la opinión pública en España

¹² MARAVALL, *op. cit.*, p. 271.

¹³ BRADING, *op. cit.*, pp. 83-84.

«se volvió decisivamente en contra de los conquistadores». Reconoce, sin embargo, que esa percepción negativa fue sobre todo debida a la actuación de los conquistadores del Perú, no sólo por la ejecución de Atahualpa, sino también por el triste espectáculo de las guerras civiles entre los partidarios de Pizarro y los de Almagro. En definitiva, los episodios de la conquista del Perú constituyeron «una historia que careció del dramatismo y de la nobleza de los acontecimientos de México»¹⁴.

Se ha atribuido a la influencia de Bartolomé de Las Casas en los círculos cortesanos la promulgación de las Leyes Nuevas (1542)¹⁵. Dicho cuerpo de normas legales, en efecto, recogía buena parte de las ideas que Las Casas había ido defendiendo desde años atrás: entre otras cosas, se estableció la ilegalidad de la esclavitud indígena; se dispuso que las encomiendas volvieran a la Corona tras la muerte de quienes las poseían en ese momento; se estableció que ya no existiría el trabajo gratuito de parte de los indígenas. Lo que más afectó a los conquistadores fue el establecimiento del cercano fin de las encomiendas. Tal como afirma Brading, «así, de un plumazo, la Corona trató de poner fin a la institución que había sido el fundamento de la sociedad establecida por los conquistadores»¹⁶. Tal como pone de relieve el mismo autor, lo que estaba en juego no era otra cosa que la constitución política del imperio español en América:

Si los encomenderos hubiesen logrado obtener su tan largo tiempo acariciado objetivo de convertir sus concesiones en feudos, entonces se habría transformado la estructura de la autoridad en las Indias. Los herederos de los conquistadores se habrían presentado como auténtica nobleza feudal, clase gobernante colonial dotada con la autoridad suficiente sobre los campesinos indios para que pudiesen proteger a sus súbditos de las exacciones y redadas de los magistrados reales enviados desde España. El pacto inicial entre la Corona y los conquistadores se habría convertido así en una constitución contractual, en que el absolutismo real habría sido moderado y limitado por la existencia de una poderosa aristocracia colonial¹⁷.

El enfrentamiento y su ejemplo más dramático: la rebelión de Gonzalo Pizarro en el Perú

Si bien la promulgación de las Leyes Nuevas generó gran descontento en los encomenderos y beneméritos en todo el Nuevo Mundo, la reacción más violenta fue, sin lugar a dudas, la de los encomenderos peruanos. Las Leyes Nuevas, además de establecer una serie de disposiciones trascendentales para el gobierno de las Indias, dispusieron la extinción de las encomiendas a partir de la muerte de quienes por entonces las goza-

¹⁴ BRADING, *op. cit.*, p. 45.

¹⁵ En cuanto a las ideas políticas de Bartolomé de las Casas, es obligado citar el ya clásico libro de HANKE, L., *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Buenos Aires, 1949.

¹⁶ BRADING, *op. cit.*, p. 85.

¹⁷ BRADING, *op. cit.*, p. 90.

ban. Ese mandato significaba para los encomenderos no sólo la pérdida de una fuente de ingresos que para entonces seguía siendo fundamental, sino además el no poder seguir considerándose los señores de las Indias. Es decir, tanto desde el punto de vista económico, cuanto desde la perspectiva de la concepción de su papel en la sociedad americana, la supresión de las encomiendas se presentó como inaceptable para los beneméritos. La consideraban, además, una muestra de ingratitud de parte de la Corona, dado que precisamente por sus esfuerzos aquella podía ostentar su dominio en tan inmensos territorios. Es verdad también que en el caso peruano los ánimos se exacerbaban aún más cuando se conoció la idiosincrasia de quien llegaba allí a aplicar las Leyes Nuevas: Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú¹⁸. A diferencia de las autoridades que tuvieron la misión de aplicar las Leyes Nuevas en otros territorios americanos —y que mostraron una mayor flexibilidad ante los reclamos de quienes se sentían agraviados— Núñez Vela llegó al Perú con la determinación de aplicar de inmediato dicho cuerpo legal, sin atender ningún reclamo.

Los sucesos de la rebelión de Gonzalo Pizarro han sido relatados por autores muy diversos y son de sobra conocidos. Interesa destacar, sin embargo, en la línea del tema que nos ocupa, que la victoria del pacificador Pedro de La Gasca sobre los rebeldes se logró en buena medida debido a que aquél ofreció recompensar con concesiones de encomiendas a quienes abandonaran la causa de los levantados en armas y apoyaran la de la Corona. Es decir, el triunfo de La Gasca, en nombre de la Corona y de sus propósitos políticos modernos, se consiguió, paradójicamente, ofreciendo recompensas vinculadas a los ideales señoriales de los españoles en América¹⁹.

De hecho, los argumentos planteados por Gonzalo Pizarro y los suyos para justificar su levantamiento revelaron un «mundo conceptual arcaizante», que en Europa estaba siendo superado ya por los ideales del Estado moderno y por las nascentes teorías absolutistas. En efecto, los argumentos de los rebeldes se fundamentaban en la máxima *quod omnes tangit, ab omnibus debet approbari* (lo que atañe a todos debe ser aprobado por todos). Dicha máxima, en palabras de Lohmann Villena, encerraba un «principio ciertamente democrático vigente desde la Edad Media española, con arreglo al cual el consentimiento popular, expreso o tácito, es fuente de legitimidad, incluso para la posesión de la realeza (...)»²⁰.

Así, pues, dicho principio político típicamente medieval vino a suponer un argumento jurídico fundamental en el que se apoyaron los rebeldes; la Corona, por su parte, desde décadas atrás venía esforzándose por afianzar la idea de un poder monárquico no dependiente de los intereses señoriales. El propio Lohmann no duda en afirmar que esta rebelión —por la envergadura que cobró, por el grave peligro en el que se puso la

¹⁸ LOHMANN VILLENA, G., *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro. La tramoya doctrinal del levantamiento contra las Leyes Nuevas en el Perú*, Valladolid, 1977.

¹⁹ PUENTE BRUNKE, J. de la, *Encomienda y encomenderos en el Perú. Estudio social y político de una institución colonial*, Sevilla, 1992, pp. 24-27.

²⁰ LOHMANN, *op. cit.*, pp. 40-41.

autoridad del monarca en tierras sudamericanas, y también por el perjuicio que supuso para la Hacienda pública española— afectó muy fuertemente a Carlos V:

De hecho, el conflicto que agitó el Perú durante ese tracto, aparte de vulnerar la *maiestas* cesárea, a la sazón en el cénit de su invicta hegemonía, de cuantos contratiempos hubo de afrontar hasta entonces Carlos V, con absoluta certeza fue uno de los que más hondamente le acongojaron, al punto de haberlo afectado en mayor escala aún que otros reveses de las empresas imperiales, sin excluir la revuelta comunera, las Germanías y las luchas religiosas y sociales que encendiera el luteranismo ²¹

Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo, quien criticó fuertemente los diversos conflictos que entre conquistadores se dieron en el Nuevo Mundo, reservó los más duros calificativos para la rebelión de Gonzalo Pizarro. Especialmente grave le pareció que los rebeldes hubieran llegado al extremo de quitar la vida al virrey Núñez Vela, lo cual era una amenaza contra la unidad que la Corona buscaba fomentar entre sus súbditos, significando un peligroso regreso a la anarquía de tiempos pasados. Es interesante referir que dicho cronista consideró a Gonzalo Pizarro un «tirano», en el sentido que a ese término le dieron las *Siete Partidas*, como hombre que alcanza el poder desafiando la justa autoridad del rey ²². Así, pues, Fernández de Oviedo encontró un argumento en el Derecho medieval castellano para condenar tal rebelión, que pretendía fundamentar su legitimidad justamente en principios jurídicos propios de la Edad Media española.

Ahora bien: esos principios democráticos de raigambre medieval —reiteramos— no estuvieron presentes sólo en los rebeldes dirigidos por Gonzalo Pizarro, sino que aparecieron también —si bien sobre todo de modo implícito— en otros territorios americanos. Un buen ejemplo es el que menciona Brading en relación con el establecimiento del cabildo en Veracruz por Hernán Cortés, desafiando al gobernador de Cuba, y coincidiendo en el tiempo con el movimiento de los comuneros en la Península Ibérica: dicha acción de Cortés «tenía un sabor a gobierno electivo, popular» ²³.

Un magistrado y sus reveladoras opiniones

El papel de los letrados fue fundamental en el desarrollo de los propósitos monárquicos en orden a hacer efectivos los criterios políticos propios del Estado moderno. En este sentido, debemos destacar en especial la figura de Hernando de Santillán, letrado oriundo de Sevilla que llegó a integrar la Audiencia de Lima, como oidor, en 1550, justamente tras el regreso de La Gasca a la península. Santillán manifestó una serie

²¹ LOHMANN, *op. cit.*, p. 11.

²² BRADING, *op. cit.*, p. 54.

²³ BRADING, *op. cit.*, p. 41.

de opiniones, comunes a otros letrados, en el sentido de criticar el papel de los conquistadores y encomenderos. A través de las opiniones de los magistrados, podemos percibir el parecer de la propia Corona, empeñada como estaba en disminuir el poder de los beneméritos americanos ²⁴.

Así, en cuanto al tributo que los indígenas debían pagar a los encomenderos, Santillán no dudó en afirmar que «les es más pesado, dañoso y perjudicial lo que dan ahora, que lo que así daban a los dichos ingas» ²⁵. Igualmente, denunció las connivencias suscitadas entre encomenderos y caciques —denominados curacas en el mundo andino— con el fin de perjudicar a los indígenas: afirmó que los caciques se aprovechaban más de sus indios que en tiempos de los incas, añadiendo que «para ello tienen los dichos caciques bastante favor entre sus encomenderos, porque también a ellos redunda provecho». Además, manifestó que los castigos que los caciques aplicaban a los indígenas eran peores que los que recibían en tiempos de los incas; igualmente, refería que los españoles no castigaban por esas malas acciones a los caciques: «cada cacique en su provincia se hizo inga» ²⁶. Según Lohmann Villena, Santillán «cree descubrir en los curacas poco menos que los verdugos de los nativos». Ese concepto de los señores étnicos estaba en consonancia con las ideas que buscaban afirmar el poder del rey en América a través de los funcionarios ²⁷.

El propio Santillán refirió que él había participado en diversas tareas de tasación de los tributos que los indígenas debían pagar a sus encomenderos. Es muy ilustrativo este magistrado al explicar la situación sufrida por los indígenas en los tiempos anteriores

²⁴ Antes de su nombramiento como oidor de la Audiencia de Lima, Santillán había sido ministro en las Reales Chancillerías de Granada y de Valladolid. Ya ejerciendo su cargo de oidor del tribunal limeño, pudo rápidamente tomar conciencia de los graves problemas que los enfrentamientos entre conquistadores habían causado a los propósitos de centralización política de la Corona. A raíz de la muerte en Lima del virrey Antonio de Mendoza, en 1552, el gobierno del virreinato pasó precisamente a estar en manos de la Audiencia limeña. En esa situación, a Santillán le correspondió la realización de importantes tareas políticas, tales como la búsqueda de la recuperación del orden a raíz de la rebelión de Francisco Hernández Girón, que estalló en el Cuzco en 1553. Participó de modo directo en diversas campañas militares y, años después, tras dejar el tribunal limeño, fue nombrado Presidente de la Audiencia de Quito. Más adelante, ya en la década de 1570, y tras recibir la ordenación sacerdotal, fue nombrado obispo de Charcas, muriendo antes de llegar a su sede episcopal (TAURO, A., *Enciclopedia ilustrada del Perú. Síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad*, vol. 5, Lima, 1987, pp. 1925-1926).

²⁵ SANTILLÁN, H. de, «Historia de los incas y relación de su gobierno», en *Biblioteca Peruana. El Perú a través de los siglos*, Primera Serie, tomo III, Lima, 1968, p. 417.

²⁶ SANTILLÁN, *op. cit.*, pp. 405-408.

²⁷ Pero hubo juristas en el Perú del siglo XVI que manifestaron concepciones distintas de la sociedad. En este sentido, Lohmann Villena nos presenta el caso del licenciado Francisco Falcón, quien fue procurador de los indios, y consideró a los curacas «elementos indispensables para regir a los mismos», teniendo cuidado de silenciar sus desmanes». Y prosigue Lohmann refiriéndose a Falcón: «Si a esto añadimos su desembozado elogio de las encomiendas (actitud que envuelve flagrante ruptura con su línea doctrinaria), se configura a las claras una concepción señorial de la sociedad (...)», LOHMANN VILLENA, G., «El Licenciado Francisco Falcón (1521-1587). Vida, escritos y actuación en el Perú de un procurador de los indios», *Anuario de Estudios Americanos*, 27 (1970), pp. 133-134.

a las tasaciones, cuando los encomenderos no tenían límite en cuanto a lo que podían exigir de sus encomendados:

(...) en aquella sazón estaba tan en su fuerza la desorden y exceso en llevar a los indios todo cuanto los encomenderos querían y podían sacarle, sin más límite ni tasa que sus codicias, mediante lo cual estaban los tributos puestos tan en la cumbre, que no había repartimiento por flaco y pobre que fuese que no sacaban de él grandes sumas de pesos de oro, tomándolos a los indios sus haciendas y sudores ²⁸.

En definitiva, la opinión de Santillán con respecto a los conquistadores y encomenderos era muy negativa, lo cual estaba en sintonía —como ya hemos referido— con los intereses de la Corona ²⁹. En efecto, se trataba de establecer la falta de legitimidad de la autoridad de los conquistadores y encomenderos, con lo cual la presencia de los representantes de la Corona en América resultaba una necesidad impostergable. Como ejemplo de la opinión de Santillán sobre los conquistadores en general, resulta revelador el pasaje en el que relata que aquéllos, después de matar a Atahualpa, «dieron saco general a la tierra, robando todo cuanto hallaron de oro y plata que estaba en poder de los señores y particulares (...); lo que no podían aprovecharse de ello, lo destruían» ³⁰.

Y en cuanto a los encomenderos, Santillán les acusó —al igual que lo había hecho con los caciques— de haberse hecho «cada uno de ellos un inga», ya que a través de sus encomiendas usaron «de todos los dichos tributos y servicios que aquella tierra hacía al inga, y más los que ellos les añadieron» ³¹.

Así, pues, las opiniones de Santillán estuvieron en la línea de los afanes políticos de la Corona. Ésta buscaba establecer en sus dominios americanos un gobierno que estuviera plenamente en manos de funcionarios que velaran exclusivamente por los intereses de la monarquía. Sin embargo, como sabemos, el paso del tiempo demostró el fracaso de esos propósitos: diversas razones —entre las que se contó la grave crisis financiera de la Corona— conspiraron para que, sobre todo en el curso del siglo XVII, los intereses de los americanos se impusieran frente a los del rey.

²⁸ SANTILLÁN, *op. cit.*, p. 412.

²⁹ Raúl Porras Barrenechea presenta como un fenómeno «típico» el resentimiento «de los mercaderes y juristas contra la clase guerrera y conquistadora», dado que aquéllos, al haber llegado a América en tiempos posteriores a la conquista, tuvieron intereses distintos, e incluso contrapuestos, a los de los conquistadores, PORRAS BARRENECHEA, R., *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos*, Lima, 1986, p. 30.

³⁰ SANTILLÁN, *op. cit.*, p. 409.

³¹ SANTILLÁN, *op. cit.*, pp. 409-410.